

380

1

LITERATURA DE LOS AÑOS 60 EN ESPAÑA,
EN CASTELLANO

José Agustín Goytisolo

I.- CONSIDERACIONES PREVIAS

Para situar y hacer comprensible la literatura de la década de los sesenta, es conveniente tratar a vuela pluma, lo que fue la vida política y civil a partir de la postguerra, y la escasa calidad de los literatos adictos al régimen. Los años cuarenta significan, en la memoria colectiva, los fusilamientos, los juicios sumarísimos, las cárceles y los campos de trabajo forzado; en la vida cotidiana la escasez de alimentos, la cartilla de racionamiento, el estraperlo, el piojo verde y la tuberculosis; y en la creación intelectual una férrea censura sobre libros, revistas, cine y radio, todo ello en castellano. Mucho Menéndez y Pelayo, Donoso Cortés, Ramiro de Maeztu, Pemán o Agustín de Foxá. Todos ellos sin problemas, como tampoco los tuvieron Azorín o Baroja, que murieron estos primeros años de la dictadura escribiendo sus últimos papeles, y que permanecieron al margen del encono oficial, sin enfrentarse a una situación que a buen seguro les desagradaba. En catalán, vasco y gallego no se podía publicar: prohibido.

En poesía, las obras de mejor calidad publicadas en la inmediata postguerra fueron *Oscura noticia e Hijos de la ira*, de Dámaso Alonso, que se arriesgó a enfrentarse al mundo que le envolvía (*Madrid es una ciudad de más de un millón de cadáveres/ según las últimas estadísticas...*). Y en verdad sus *hijos de la ira* eran claramente sus poemas. Otro miembro de la Generación del 27 publicó también dos libros: fue Vicente Aleixandre que, recluso en

su casa de la calle Velintonia, recibía a sus amigos y a los jóvenes poetas en ciernes; los títulos de sus dos obras fueron *Sombra del paraíso* y *Mundo a solas*. La línea de ambos era completamente opuesta a la de los poetas "oficiales" o adictos al régimen, como García Nieto, Leopoldo Panero, Luis Rosales o Luis Felipe Vivanco, y otros de menor entidad, que eran llamados en voz baja "azules" o "poetas celestiales". Debe recordarse que Dámaso Alonso, Vicente Alexandre y Gerardo Diego -este último contemporizó con la línea oficial- eran los únicos escritores de la Generación del 27 que permanecieron en España. Federico García Lorca había muerto asesinado en julio 1936; en el mismo año murió Miguel de Unamuno, disgustado ante el cariz político que percibió muy directamente en la Universidad de Salamanca; Antonio Machado falleció en Colliure, en el exilio, en febrero de 1939; y Miguel Hernández murió en la cárcel en 1942. En el exilio se encontraban Rafael Alberti, Jorge Guillén, Pedro Salinas, Luis Cernuda, Miguel Altolaguirre... y sus mayores Juan Ramón Jiménez y León Felipe.

En prosa siguieron el camino del penoso y no deseado destierro Ramón J. Sender, Max Aub, Ortega y Gasset, Francisco Ayala, Arturo Serrano Poncela... Naturalmente, las obras de estos escritores en el exilio no se publicaron en España, en esa época, y hubo que esperar a los años 70 para que algunos de sus libros o antologías se editaran aquí.

Hacia finales de los años cuarenta, y en los cincuenta, y frente a la gris y tediosa producción de los intelectuales adictos al régimen, aparecen nuevos creadores, contestatarios o independientes de la línea oficial. Los tiempos han cambiado sensiblemente en los cincuenta: se suprime la cartilla de racionamiento, mejoran algo las condiciones alimenticias de la población, se firma el convenio entre el gobierno franquista y EEUU; pero la represión política contra los disidentes u opositores continúa: detenciones, cárcel y fusilamientos.

En el ámbito intelectual la censura de libros sigue, aunque parece que ceda. Así, en poesía, aparecen libros de Gabriel Celaya, Blas de Otero, José Hierro, Victoriano Crémer o Eugenio de Nora, llamados *poetas sociales* por no emplear otros calificativos como *poetas contestatarios, críticos o inconformistas*. Son hombres a los que les preocupan los problemas de este país, la situación del ciudadano de a pie; su afán es llegar hasta los que no tienen voz, y a los muchísimos que esán en su misma situación o mucho peor, es decir, *a la inmensa mayoría*, según expresión de Blas de Otero, el mejor de todos ellos. Estos poetas han aprendido, y enseñado a muchos que les siguen, diversas formas de eludir una censura que no comprende ciertos circunloquios, sulilezas poéticas y connotaciones no demasiado evidentes. A estos escritores les suceden los que hoy se conocen, según definición del novelista Juan García Hortelano, como *grupo poético de los años cincuenta*, del que forman parte Alfonso Costafreda, Angel González, José Manuel Caballero Bonald, José Angel Valente, Jaime Gil de Biedma, Carlos Barral, José Agustín Goytisolo y el entonces jovencísimo Claudio Rodríguez. Aún empleando estilos muy diversos, a estos escritores les une un tono coloquial, nada ampuloso; el empleo de la ironía y la sátira al referirse a cualquier tema vinculado a la realidad política y social de su entorno, que a todos les desagrada. Perfeccionan los modos de esquivar a la censura que aprendieron de sus mayores y se darán a conocer más ampliamente en la década de los 60.

La prosa que precede a la década de los 60 comienza con las obras de Carmen Laforet, Camilo José Cela -que sabe diluir el tremendismo en un limpio formalismo- y con las novelas de una prosa ejemplar de Miguel Delibes y Luis Martín Santos, muerto este último prematuramente pero habiendo publicado la espléndida obra *Tiempo de silencio*. Les siguen Luis Romero; el mundo mágico de Ana María Matute, las sorpresivas obras de Rafael Sánchez Ferlosio, las novelas y narraciones de Ignacio Aldecoa, Juan y Luis Goytisolo, Daniel Sueiro, Carmen Martín Gaité, Jesús Fernández Santos, también fallecido joven, Juan García Hortelano y Juan Marsé. También en estos novelistas se destaca un claro rechazo de la realidad que ellos presentan con sus variados y particulares

382D

UAB 60966(4)

Universitat Autònoma de Barcelona
Biblioteca d'Humanitats

4

perfiles; su oposición a la burguesía franquista y al catolicismo imperante: detrás de cada una de estas obras, de marco desafecto, nace un *no explícito deseo* de cambio de la sociedad en la que les ha tocado vivir y de la que les hieren muchos de sus aspectos y circunstancias.

En teatro cabe destacar la labor de Antonio Buero Vallejo, en su cruel realismo de *Historia de una escalera*, y el impacto que significó la obra de Alfonso Sastre, *Escuadra hacia la muerte*, que sorprendió al público, pues Sastre había sido director del Teatro Español Universitario (TEU) de ideología falangista y del que fue apartado luego, fulminantemente. José Martín Recuerda puso en escena *El payaso y los pueblos del sur*; Lauro Olmo andaba preparando su obra, que se estrenó en los sesenta, *La camisa*; y Alfredo Mañas andaba en las mismas con su pieza *La feria de Cuernicabra*.

Esta era la situación intelectual y literaria que hará que tengan más fácil explicación la labor de los escritores en castellano durante los años 60.

II.- LA CREACIÓN LITERARIA EN LOS AÑOS SESENTA

Esta década muestra varios cambios significativos en la vida política y social del país, cambios que influyen claramente, y en algunos casos se ven reflejados, en el quehacer literario y editorial de aquellos años. Después de las primeras huelgas de los años cincuenta en Barcelona -en el año 51 la llamada *de los tranvías*- siguen otros paros laborales más o menos importantes, en diversos sectores, en Madrid y en Bilbao sobre todo. Crece la actividad de los sindicatos y los partidos políticos -naturalmente clandestinos, pero que empiezan a mostrar su fuerza desde la sombra- es de gran importancia la acción de las Asociaciones de Vecinos, siempre legales, pero infiltradas de ideología antifranquista. Comienza a vaciarse de sentido, al perderlo también la Falange, el Sindicato Español Universitario -el SEU- y en un convento de Capuchinos, en Barcelona, se declara su extinción, al tiempo que se crea el Sindicato Democrático de los Estudiantes de Barcelona, cuyos organizadores sufren represalias menores de las que cabía esperar, pues Gobernación es consciente de la inutilidad del SEU. Los Sindicatos Democráticos de Estudiantes se extienden en la totalidad de las universidades españolas. Las huelgas laborales surgen por todo el país, y las manifestaciones de protesta tienen lugar en talleres, iglesias y hasta en plena calle: estas sí son muy duramente reprimidas. Lo hasta aquí explicado se produce en el marco de una situación económica de cierto despegue, que conducirá al posterior y gubernamental Plan de Estabilización, y también a una considerable apertura del mercado interior para captar inversiones extranjeras. Situación que parece paradójica, y no lo fue.

En el mundo literario es de notar la labor progresista de Editorial Seix&Barral, conducida por el joven poeta Carlos Barral. En su Biblioteca Breve y en otras colecciones, dió entrada a los mejores y más avanzados escritores españoles, y lo mismo hizo con las traducciones al castellano de los más novedosos escritores

extranjeros, cuya influencia se hizo notar enseguida. De las imprentas de Saix&Barral salió también la colección Colliure, nombre tomado en honor del pueblecito francés en donde está enterrado Don Antonio Machado. Esta colección, cerrada a doce autores, consagró a los mejores poetas llamados de *los 50* que fueron seleccionados por el crítico literario José María Castellet el cual, poco después, insistió en su criterio progresista al publicar su antología *Veinticinco años de poesía española*. También influyó mucho en los novelistas, e incluso en otros editores, la creación del audaz Premio Formentor, impulsado también por Seix&Barral.

El cambio experimentado por la creación literaria debe mucho a la postura de escritores y profesores, como Dionisio Ridruejo -el que más madrugó- Pedro Laín Entralgo, Joaquín Ruíz Giménez, Aranguren e incluso Marías, que procedían de Falange o “del bando ganador”, pero la realidad en que vivían y su probada honradez les hizo enfrentarse a sus antiguas y caducas creencias. A estos nombres hay que añadir los de Tierno Galván, Raúl Morodo, Vicens Vives o Jiménez Fernández, estos sin antecedentes fascistas. La protesta de una creciente mayoría de ciudadanos y de la casi totalidad de los intelectuales no ofrecía ya duda alguna. Siguió la represión -penas de muerte, cárcel, malos tratos, multas.- y la producción literaria fue sometida a una censura más laxa: los censores se debieron ir acostunbrando a que los escritores se expresaran con mayor desparpajo, mientras no atacaran directamente al régimen, a la moral y a la religión.

En esta década cobran mucha mayor importancia los Premios Literarios, que ya venían otorgándose anteriormente; crece su cuantía en metálico y el tiraje de la edición de los ganadores: El Nadal, Biblioteca Breve, Planeta, Café Gijón y otros; y comienzan a tener prestigio el Premio de la Crítica y el Nacional. Alentados por un público decantado abiertamente hacia las obras progresistas, los escritores se atreven a más, pues son más refinadas sus maneras de salvar sus textos de la tijera censora, a base de estilos alambicados, de situaciones equívocas y de enmarcar la acción en otros tiempos o lugares, reales o inventados.

En poesía ya no se dan los llamados poetas *oficiales o celestiales*, pues pasaron de moda sin pena ni gloria. En la presente década siguen publicando los *poetas sociales*, con Blas de Otero, el mejor, a la cabeza; seguido por el prolífico y combativo Gabriel Celaya, por Victoriano Crémer y Leopoldo de Luis, y algo más despegados, pero de calidad muy creciente, José Hierro y Carlos Bousoño. Los del *grupo poético de los años cincuenta* ya citados, siguen en esta década publicando, con sus naturales estilos y diferencias. Más barroco Caballero Bonald; más intimista Alfonso Costafreda; más exigentes con sus respectivos escritos, austeros y ajustados, José Angel Valente, Claudio Rodríguez y el recién incorporado Francisco Brines; y más críticos, punzantes e incisivos, bajo sus coberturas de ironía, sátira o sentimiento despersonalizado, Angel González, Jaime Gil de Biedma, José Agustín Goytisolo y Carlos Barral...

Hacia finales de esta década de los sesenta, el crítico literario José María Castellet atisbó un nuevo grupo de poetas diferenciado de los antes citados, los reunió y compuso la antología *Nueve Novísimos*. Formaban el grupo, algo heterogéneo pero innovador, Pedro Gimferrer -que después de sus primeros libros publicaría sus siguientes obras poéticas en catalán- Manuel Vázquez Montalbán, revolucionario en su vida y en su valiosa obra de poeta; Ana María Moix, que se pasaría posteriormente a la prosa; Vicente Molina Foix, que también se pasó luego a la prosa; Antonio Martínez Sarrión; Guillermo Carnero; J. M. Alvarez; Leopoldo María Panero y Félix de Azúa, que también derivó a la prosa. Desiguales todos y hasta contrapuestos, les unía una especie de neoculteranismo, que en algún caso llegó a ser neoparnasianismo, el gusto por el juego formal, con algún toque de irracionalidad, y muy dados algunos de estos autores a la introspección y al intimismo.

También los prosistas de los años cuarenta y cincuenta siguen publicando en la década que nos ocupa. Así, Luis Romero ve editada su novela *Tres días de Julio*, enmarcada en los primeros días de la Guerra Civil. y escrita con un amplio espíritu de

reconciliación; incluso José María Gironella, en su obra *Un millón de muertos*, da un giro notable a la ideología de su anterior novela, *Los cipreses creen en Dios*; en *Un millón de muertos*, los republicanos reciben de Gironella calificativos como luchadores o idealistas, y no el de una pandilla de asesinos, como en su primera obra. Juan Goytisolo da a conocer un libro de ensayos sobre la situación en España, titulado *Furgón de cola*, y también una clamorosa *Reivindicación del Conde don Julián*, que es una novela en la cual se hace una loanza del conde que, olvidándose de los godos, dejó paso abierto a la invasión árabe de España. Luis Goytisolo edita *Ojos, círculos, buhos*, que es un divertimento vanguardista, ilustrado con aguafuertes de Joan Ponç, obra que es posterior a *Las afueras*, y que es predecesora de su extensa *Antagonía*, que iniciará en los setenta. Camilo José Cela publica *San Camilo y Diccionario Secreto*, siempre en su línea de experimentación del lenguaje. Miguel Delibes sale ahora con dos libros de viajes: *La primavera de Praga* y *Vivir al día*, y también con dos muy buenas novelas: *Parábola del naufrago* y *La mortaja*, que son una profundización lingüística de gran fuerza expresiva. Ana María Matute, siempre soñadora mágica, saca dos obras muy notables en su carrera literaria, *La trampa* y *Algunos muchachos*. Juan Benet, irrumpe en los sesenta con tres obras profundas y fascinantes: *Nunca llegarás a nada*, *Volverás a Región* y *Una meditación*, con las que se constituye en el hombre más sorprendente de la década y uno de los mejores novelistas de la segunda mitad del siglo XX. Carmen Martín Gaité, publica *Las ataduras* y *Ritmo lento*, obras muy intimistas y observadoras en las que abundan los diálogos interiores. Daniel Sueiro ve aparecer en este período un libro de relatos, *Los conspiradores*, y cinco novelas escritas de un tirón, *La criba*, *Estos son tus hermanos*, *La noche más caliente*, *Solo de moto* y *Corte de corteza*, que le supusieron un esfuerzo enorme. Juan Marsé da fe de vida y de vigor ya que, después de publicada su anterior novela *Encerrados con un solo juguete*, edita ahora *Esa cara de la luna*, *Últimas tardes con Teresa* y *La oscura historia de mi prima Montse* en las que la imaginación supera con creces el realismo que le atribuían -varias de sus obras fueron posteriormente llevadas al cine-. Juan García Hortelano reanarece

aquí con dos buenos libros, la novela *Tormenta de verano* y el volumen de relatos, *Gente de Madrid*, al estilo de *Dubliners* de Joyce, pero en versión de esta época y de la astrosa. Gonzalo Torrente Ballester causa admiración con su libro *Of-Side*, admiración que irá en aumento por sus obras posteriores. Ignacio Aldecoa falleció en esta década y dejó cerrada su trilogía llamada *La España inmóvil*, con el libro *Caballo de Picas*. Y Ana María Moix da sobrada fe de su labor como prosista con su novela *Julia*, detallista, sensible y perspicaz.

En teatro continúa la producción de Antonio Buero Vallejo, que en estos años pone en escena *El tragaluz*, y *El sueño de la razón*, de gran éxito. De José Martín Recuerda se escenifican *El Cristo* y *Las salvajes de Puente San Gil*. Lauro Olmo, después de *La pechuga de la sardina* da a conocer *La condecoración*. Finalmente el ya famoso director teatral, Francisco Nieva, después de poner en escena obras famosísimas españolas y extranjeras, decide convertirse además en autor teatral, y escribe la muy divertida, incisiva y profunda obra *La Carroza de plomo candente* que estrenará hasta principios de la década siguiente.